

Todavía era de noche cuando el padre de Nulo le sacudió:

-Despierta, Nulo. El mercado.

Con los ojos pegados de sueño, Nulo echó a un lado el pellejo de oveja que le servía de manta. El frío de la cabaña acabó de espabilarle. Tanteó a sus pies hasta encontrar sus ropas y se apresuró a ponérselas todas, una sobre otra.

-Deja para el final el poncho roto -le advirtió su padre.

Como todos los días de mercado, Maese No parecía nervioso. Trasteaba sin necesidad por la cabaña, cojeaba más que de costumbre, chocaba con las cosas. Le costó un buen rato encender la lumbre. Por fin las llamas alumbraron la pequeña habitación, y entonces su sombra un poco encorvada empezó a bailar sobre las paredes. A Nulo le pareció que tenía de pronto media docena de padres enormes, que le hacían recomendaciones desde los muros:

-Recuérdalo. Hablar, lo justo.

-No sonrías.

-No los mires a la cara.

-No cantes.

-No te entretengas. Vuelve en cuanto hayas vendido la loza.

Apenas terminadas las gachas mal cocidas del desayuno, su padre le frotó la cara con ceniza y le encasquetó una caperuza que ocultaba sus rasgos. Luego padre e hijo envolvieron unos cuantos cacharros de barro en unas mantas. Llevaron la mercancía a la puerta y la cargaron en las alforjas de Bizco.

Bizco el borrico agitó contento la cabeza al sentir el peso sobre el lomo. Seguramente en el mercado vería a Coz, la burra con los cuartos traseros mejor puestos de todo el páramo de Sombra.

Nulo chasqueó la lengua y echó a andar.

-En marcha, compañero -dijo a Bizco.

-¡Nulo! -le llamó todavía Maese No-. ¡Espera!

Se acercó renqueando, recogió un poco de estiércol del suelo y lo frotó contra el poncho de Nulo.

-¡Padre! -protestó el chico frunciendo la nariz.

-El estiércol trae suerte -dijo Maese No.

¡Qué raro se ponía su padre los días de mercado! Mientras descendía hacia el pueblo, Nulo sentía cómo se le contagiaba la aprensión de Maese No. Se estremeció y levantó la lamparilla de aceite intentando penetrar con ella la niebla de la madrugada. Pero la niebla parecía chupar la luz, y hasta el sonido de las pisadas de

Nulo y su burro. Suerte que Bizco sabía encontrar el camino en aquella nada algodonosa que les rodeaba. Tras un largo rato de marcha, la niebla empezó a desgarrarse como un trapo pasado. Entre los jirones, Nulo distinguió un puntito de luz que se movía. Luego varios. Luego muchos. Eran las lamparillas de otros que, como él, se acercaban a vender sus productos al mercado. Y una luz especialmente saltarina avanzaba en dirección contraria a las demás.

-¡Apuesto a que esa es Miaja! -exclamó Nulo señalando la luz. Ya no sentía miedo, sino excitación y alegría-. Quedamos en vernos en Cerro Negruzco. ¡Vamos, Bizco! Esta vez la vamos a ganar.

El niño y el borrico emprendieron un trotecillo ligero.